

IV

A cien millones de millares de millones de leguas.

Continuando mi viaje celeste salí del sol Alpha del Centauro para lanzarme en las profundidades consteladas de la Cruz del Sur.

Pasé por playas asoleadas, por desiertos de noches, de sistemas en sistemas, viendo huir á mi alrededor estrellas que me desvanecían un momento y luego iban á perderse en la infinita sombra.

El estado normal del Universo es la noche y el silencio. Sólo hay luz en torno de los soles y de los mundos; sólo hay ruidos en su inmediata cercanía, en sus atmósferas.

Costeando grupos estelares, noté enormes

tierras que rodaban en una luz extraña para nosotros, y creí en ocasiones sentir choques eléctricos, estremecimientos magnéticos, sensaciones indefinibles que me advertían con una especie de malestar que tales esferas son inhabitables para nuestro modo de existir y que las animan seres que no sienten, ven y piensan como nosotros.

Recuerdo especialmente que en mi vuelo vi pasar un grupo de mundos multicoloros iluminados por tres soles: uno rojo rubí, otro verde esmeralda, el tercero azul zafiro, y tan singularmente alumbrados por esta falsa luz—falsa para nosotros, natural para ellos—que me pregunté si no era juguete de un sueño y si en verdad pueden existir tales creaciones, de lo que no podía dudar un momento puesto que yo mismo había observado con el telescopio centenares de veces esas asociaciones de soles coloridos que tanto conocen los astrónomos.

Me detuve, me acerqué á uno de esos mundos y le ví habitado por seres que parecían tejidos de luz y á cuyos ojos los habitantes de nuestro planeta parecerían de tal modo sombríos y toseos que, á su vez, se preguntarían

si nosotros vivimos realmente y si sentimos la vida.

Son esos astros que pueblan organismos aereos cuyo tinte deja muy atrás la encarnación de nuestras rosas y de nuestros lirios más puros. Esos seres viven de la atmósfera sin verse condenados, como los habitantes de nuestro planeta, á asesinar perpetuamente innumerables animales para satisfacer las necesidades. Su hermosura, su color, su ligereza me hicieron recordar, por el contraste, las condiciones que exige la vida terrestre. Pensé en que la fuerza brutal reina aquí como soberana, en que millones de seres vivos perecen diariamente para asegurar la existencia de otros, en que la guerra es una ley natural entre los animales, y que la humanidad se ha desasido tan poco de la barbarie animal que casi todos los pueblos continúan aceptando, como en las épocas primitivas, la esclavitud y la servidumbre.

Estando tan lejos de la Tierra comprobé que la ineptitud de los ciudadanos de este planeta es verdaderamente colosal.

“Los millones de hombres que actualmente habitan en Alemania—¿por qué pensé en esa nación antes que en otra? Acaso por

qué está más disciplinada, más militarizada, menos avanzada que sus vecinos en el sentimiento de la Libertad—esos millones de hombres, decía, no advierten que son esclavos de un Estado Mayor, ni más ni menos que los de un rey del Africa Central. Sin el militarismo ¿qué serían los jefes de esa nación? Nada. Incapaces hasta de ganar la subsistencia con sus propias manos, existen por la sumisión de quienes les alimentan. Con resonantes frases, con las sonoras palabras de gloria y de patria, explotan la imbecilidad de esos millones de esclavos que á la primera señal experimentan una sublime felicidad en lanzarse á la carnicería, al saqueo y á la muerte. Si rehusaran esa esclavitud serían libres, pero no les ocurre esa idea. Y para garantizarse contra el bandidaje organizado por un centenar de malhechores que explotan la imbecilidad humana, Europa entera sostiene ejércitos permanentes, quita hombres del trabajo útil y fecundo, y arroja en un abismo sin fondo, todas sus fuerzas, sus recursos todos. Con eso se enorgullece, se glorifica! Se hace que los niños apenas nacidos, admiren las maravillas del patriotismo militar y se enseña á todos los ciudadanos, en todos los pueblos

á que odien á sus vecinos. ¡Inteligente humanidad! ¡Encantador planeta!”

Vista desde esa distancia, la política de los Estados terrestres me parecía de una barbarie deplorable; pero deteniendo mi recuerdo, recordé que la ley de evolución transformá muy rápidamente la faz de las cosas. Quizá sea útil al Progreso, me dije, que Europa se precipite en una caída tan ciega. Representa en la Tierra al viejo mundo con todos sus prejuicios de castas y de antigua servidumbre. La persistencia del militarismo traerá en breve su ruina, mientras el nuevo mundo americano crecerá en medio de la paz y de la libertad. Nada hay que modificar. No deseemos desarreglo alguno en la máquina social suficientemente caduca para que bien pronto se detenga por sí sola. La luz de la civilización brillará al O. del Atlántico, después de haberse consumido en el E. por sí misma; pero, en el fondo, que hasta la época en que estamos los habitantes de la Tierra, en general hayan necho consistir su mayor felicidad y su más alta gloria en las matanzas internacionales, es un sentimiento como otro cualquiera.

Cada árbol lleva el fruto correspondiente

á su especie; las tortugas, como los osos, no pueden ambicionar las alas de la golondrina ó el canto de la alondra. La gloria de Alejandro, de César, de Carlomagno, de Tamerlan, de Napoleón, de Bismarck, siendo del orden de los instintos de los animales carnívoros no dura más allá de un festín brutal, y algunos años bastan á borrar todo en la historia misma del planeta.

En cuanto al valor de esta historia y al del planeta, quise buscar en el espacio, no sólo la Tierra ya muy invisible desde mucho tiempo hacía, sino á nuestro Sol, y no pude encontrar, no ya el Sol, ninguno de los que están cerca de él: Alpha del Centauro, Sirio, cualquiera de las estrellas que se ven desde la Tierra. Todá la región del espacio en que gravita nuestra isla flotante se había desvanecido como punto insignificante en las profundidades de la inmensidad. . . . Austerlitz, Waterloo, Sebastopol, Magenta, Sadowa, Reichshofen, Sedan: agitaciones microscópicas en un hormiguero liliputiense, diversiones de chiquillos deseosos de sangre y de humo. ¡Para qué censurarlos? ¡Por qué compadecerlos? Hacen lo que les place. Nadie les obliga. Los astrónomos son quizás los que se equivocan

cuando no comprenden claramente el valor de las patrias.

El sistema de soles múltiples y coloridos, cuya asombrosa riqueza orgánica me trajo el recuerdo de mis crepúsculos, rueda en los cielos á una distancia de doce mil quinientas veces casi la de nuestra cercana estrella Alpha del Centauro, es decir, unos cien millones de millares de millones de leguas. La luz necesita más de cuarenta y tres mil años para atravesar esa distancia.

Astronómicamente hablando, no es esa una lejanía extraordinaria.

El astro más brillante de nuestro cielo, Sirio, trasladado á esa distancia, sólo estaría tres mil quinientas veces más lejos que lo está en realidad, y nos enviaría doce millones de veces menos luz. Sería un punto todavía perceptible para los nuevos procedimientos fotográficos: un estrella telescópica de décima octava magnitud.

Este mohón sideral está lejos de marcar los límites de nuestro universo que parece extenderse hasta más allá de las estrellas vigésima magnitud y que según ingeniosos cálculos encerraría millares de millones de soles.

En efecto, á medida que avanzaba en mi

viaje celeste, salvé abismos nuevos y descubrí en lontananza, frente á mí, y arriba, nuevas estrellas que también eran soles y brillaban en la noche y parecían sencillas unas, otras dobles, cuádruples, quintuples, radiando con luz argentada ó de oro, ó emitiendo los colores más variados y vivos, y dejándome adivinar al paso las tierras celestes habitadas por humanidades desconocidas que flotan en su radiación, y que luego volteaban y desaparecían, bajo mis pies, en la noche. Movimientos diversos les arrebatában á través de todas las direcciones del espacio, á la manera de esos globos luminosos que surgen de los ramilletes de un fuego artificial y se disuelven después en una lluvia de estrellas.

Cuando llegué, por último á los confines nuestro universo, los soles y los sistemas quedaron más y más diseminados; y como continuaba mi ascensión víme en el seno de un vacío negro y desierto desde donde llevado fuera de mí. Universo, pude solamente apreciar su conjunto y su forma; que me parecieron análogos á no importa cual de las numerosas masas de estrellas que se observan en el campo telescópico, y disminuyó

medida que me alejaba en las profundidades del espacio exterior.

Entonces en medio de la obscuridad infinita, percibí otro universo que era en el espacio como una nebulosa, pálida y lejana; y comprendí, que todo lo que vemos con nuestros ojos en la noche más profunda, y que todo lo que la visión telescópica nos ha permitido descubrir no representa, en el infinito, más que una región local de un universo, y que hay otros universos, como aquel en que nuestro Sol es una estrella.



VII

EN EL INFINITO.

Me acerqué á ese segundo universo que venía agrandándose, como un archipiélago de estrellas, y no tardé en llegar á los primeros arrabales.

Atravesándole en toda su extensión, reconocí que también está compuesto de varios millares de millones de soles alejados unos de otros por millares de millones de leguas; después encontré más allá otro desierto obscuro análogo al que tuve que franquear para ir á ese segundo universo.

Siguiendo mi vuelo, vi aparecer un tercero y le atravesé. Un cuarto le sucedió, luego otro, en seguida otro más. Y cuando atravesaba los desiertos que les separan, á donde-